

Modernidad contra arquitectura vernácula

RAMÓN VARGAS Y SALGUERO*

La arquitectura vernácula es una realidad y un tema de reflexión que rehusa ser traspapelado. Por el contrario, exige que se reflexione acerca de él con más ahínco del invertido en anteriores momentos, hasta lograr que la sociedad reconozca todo lo que está inmerso en este gran mundo y se decida a defenderlo.

Un indicio que mostraría la renuencia del tema y la realidad de ser soslayado, lo encontramos en las sucesivas reuniones que se han realizado, a fin de profirir una voz de alerta a más profesionales y a toda la sociedad, acerca del riesgo de perder una buena parte de nuestro patrimonio histórico. Bien visto, aquellos foros y éste (Encuentro internacional sobre arquitectura vernácula en La Habana, Cuba), podrían llevar como subtítulo un grito de alarma similar al que profirieron muchas conciencias lúcidas ante la ominosa presencia del fascismo. Aquellos, gritaron hasta enronquecer, como lo ha consignado León Felipe: "¡Hey, que viene el lobo!" Parafraseando, podríamos gritar: ¡Hey, que nuestra arquitectura vernácula se pierde!

Hemos unido nuestra voz a la de otros colegas para intentar persuadir, hasta con vehemencia, acerca de la gravedad que representaría esa pérdida. Juntos hemos dicho que buena parte de los soportes sobre los cuales está construida nuestra nacionalidad e identidad, están en riesgo de socavarse junto con la destrucción de la arquitectura vernácula. Esto quiere decir que dentro de los valores que cali-



Fotos: Ricardo Antonio Tena Nuñez.



fican a esa arquitectura sin arquitectos, a esa arquitectura paradigmática de alta tecnología, a esa arquitectura predominantemente rural y campesina, siempre nueva y renovada, debe incluirse el constituir un soporte de nuestra nacionalidad. Debe tenerse en cuenta que la arquitectura vernácula constituye un valladar en contra del abatimiento; un recuerdo que habla de la posibilidad de otro tipo de vida.

Quisiera abundar sobre aquello que está involucrado en la destrucción de nuestro patrimonio, a sabiendas que esto repercute en sus ámbitos particulares y suele ser bastante denso, las cadenas de mediaciones que explican la destrucción de las culturas locales, también lo son. No obstante, son suficientemente claras las grandes zancadas a través de las cuales tiene lugar este proceso genocida.

Así, pues, preguntémonos de nueva cuenta: ¿por qué está siendo destruida la arquitectura vernácula a ciencia y conciencia? ¿Por la incuria social, por el desgano de muchos que somos testigos sin levantar la voz, por los trastupijes de funcionarios corruptos aliados a empresarios venales, por la ignorancia del valor ahí acumulado, por considerar que los tiempos cambian y la arquitectura con ellos? ¿Por estas razones y otras más? Sí, pero uni-

do con todas las causas anteriores se encuentra el espíritu que subyace en la modernidad, propiciándolas, originándolas, alentándolas y dándoles sentido, que a su vez se complementan con la renovada expansión del neoliberalismo actual.

En efecto, la modernidad se exportó y trasplantó a todos los países, incluso a México, a partir de la idea de que era la única forma de superar las limitaciones y aherrojamientos característicos del pasado teológico y metafísico de la humanidad, como los titulara Augusto Comte, para advenir al mundo positivo, es decir, a la razón, al progreso, a la libertad. A la modernidad se le presentó como la "constitución completa y estable de la armonía mental, individual y colectiva".

La modernidad era sinónimo de razón y ciencia, éstos a su vez, eran caminos confiables que llevarían a la plenitud humana, al reino del bienestar, al progreso infinito. ¿Quién podía rehusarse a entrar a ese nuevo estadio histórico? ¿Quién podía preferir permanecer en lo que desde ese momento fue visto como el pasado de ignominia, de atraso y de superchería? En consecuencia, lo que había que hacer era trasplantar la modernidad, injertarla en nuestro territorio para bien de la población. De este modo se sacaría a nuestro pueblo del marasmo secular en que había estado postrado y se le abrirían las puertas de la Ilustración, con mayúscula y con minúscula. En México, los grandes liberales del siglo pasado creyeron con fervor en los beneficios que nos reportaría ingresar a la modernidad: así, de una buena vez, de sopetón, de inmediato. Después supimos que la modernidad se implantó en nuestras tierras porque nos dejamos llevar por lo que Antonio Caso, connotado filósofo mexicano, llamó el "bovarismo nacional" ¿Recuerdan ustedes la célebre novela de Flaubert?

Sin embargo, no todo era miel sobre hojuelas, la presencia de una mosca en la sopa, una piedra en el zapato, pronto vino a enturbiar el ambiente de euforia en que vivían los prohombres y promotores de la modernidad; un sector social, sin saberlo, sin tener conciencia de ello, estaba opuesto inconscientemente a la misma. Se trataba de los indígenas, quienes en ese momento, representaban la mayoría del país.

En efecto, la población indígena, lejana y distante de los afanes modernizadores y racionalistas de los liberales, permanecía aferrada a sus modalidades de vida, costumbres y tradiciones. Bien podemos considerar que vivía en un perma-

nente estado de misoneísmo, de rechazo a lo nuevo. No lo hacía por obstinación irracional o mítica, se aferraba a sus ideas, creencias, a la estructura y a sus relaciones sociales porque habían sido justamente estas formas de relacionarse con sus congéneres y, por supuesto, con sus depredadores, las que les habían permitido subsistir y sobreponerse a la brutal embestida que jamás pueblo alguno ejerció sobre otro: la conquista que diezmó a la población indígena en menos de un siglo.

¿Qué hacer con los indígenas?, ¿qué hacer con quienes eran renuentes y hasta refractarios a la modernidad?, ¿cabía otra decisión distinta a la que se tomó con un denuedo digno de mejores causas, la de modernizarlos aun a costa de ellos mismos?, ¿acaso no se les estaba haciendo un bien sacándolos de la barbarie en que vivían, a pesar de que en ellos podría encontrarse el deseo de evolucionar, de modernizarse? No cabe duda, unos de buena fe y otros carentes de ella, pero todos se sentían salvadores de esa enorme población atrasada. Los medios para lograrlo eran palpables: educación a los grupos no belicosos, exterminio y aplacamiento a los hostiles y beligerantes para después... iconocismos, ciencia y educación!

¿Y qué se quería decir cuando se hablaba de educación? Inculcar en la población, no solamente en la indígena, pero con mayor ahínco en ella, las ideas liberales, las formas capitalistas de relacionarse y el racionalismo que les daba fundamento a unas y otras. Esta educación se impartiría no en el idioma de cada una de las etnias, sino en castellano; se sustituirían sus viejas creencias mágicas por los conocimientos objetivos susceptibles de ser comprobados, es decir, por la ciencia; se inculcaría el conocimiento y respeto a las formas de gobierno democráticas, en fin, se impulsaría el afán de competencia y enriquecimiento.

En suma, cuando se hablaba de educar, se quería decir modernizar a la población, imbuir en ella los valores y fines de la sociedad liberal burguesa. Fácilmente se colige que educar a la población indígena quería decir, "desindianizarlos", extirparles lo que tenían de "indios", de incultos, de atrasados, de indolentes. Costumbres, hábitos, formas de relacionarse, idioma, religión, visión del mundo y de la vida, estructuras de gobierno, todo cuanto les confería identidad debía ser extirpado. Y así se hizo, o mejor dicho, así se intentó consumir, con una envidia digna, como hemos dicho, de mejores causas.

Son bien conocidas, aunque ahora no se suela mencionarlas, las campañas de exterminio emprendidas por las figuras cimeras del liberalismo mexicano, Juárez y Díaz, en contra de los yaquis al momento siguiente de haber ejecutado al invasor francés y a sus adláteres nacionales. La historia del indígena en México, es la historia de su sobrevivencia puesta en entredicho a lo largo de los siglos. Podemos y debemos concluir que la modernidad era antagonica no sólo del artesanado, como asentó Marx, también lo era del indigenismo en los países en los cuales el artesanado ni siquiera representaba la forma predominante de producción, como en el nuestro.

El antagonismo capitalista respecto del indigenismo —antagonismo estructural, histórico— se ha decuplicado al influjo de la exportación de capitales en su fase de Estado, que encuentra su manifestación más vívida en la entronización de la globalización, en un mundo regido por los intereses de las grandes potencias.

Como se sabe, al capital le es consustancialmente indispensable, expandir sus mercados, contar con un número siempre creciente de compradores de sus productos. La conversión de todos los seres humanos en posibles consumidores y los

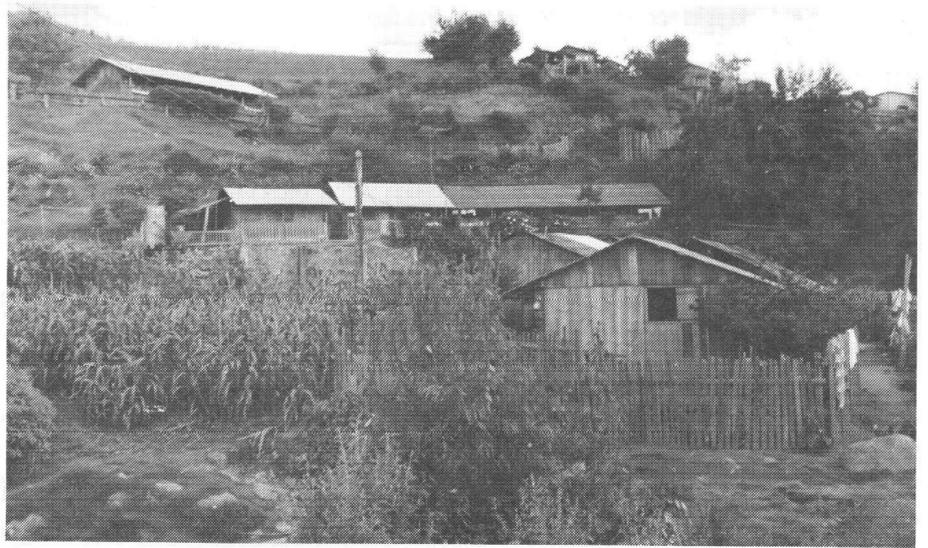


objetos que produce en mercancías, representa para él una necesidad insalvable. Únicamente por medio de dichas conversiones le es posible transformar sus productos en mercancías y el capital inicial en valorizado. En consecuencia, como en Jericó, al capital también le es indispensable echar por tierra todos los obstáculos que se interponen a su afán de multiplicación de ganancia; sólo que no emplea trompetas, sino cañones, bloqueos e invasiones. El resultado no es la expansión de la fe, sino la sustitución de los viejos órdenes ideológicos por el ansia del consumismo.

Por su peso cae, que el indígena es lo que es, gracias, entre otras cosas, a su identificación con el entorno humanizado que ha creado. Su vivienda y espacios comunales forman parte de él, son su *alter ego*. El indígena mexicano, como lo ha hecho ver con prístina claridad John Womack, llevó a cabo una revolución, la de 1910, no para modificar y trastocar su mundo por otro modernizado, sino para mantener vivo aquel que lleva viviendo por siglos. Su vitalidad, su capacidad de resistencia y sobrevivencia lejos de hablar de su atraso, ponen en evidencia su fuerza, sus recursos, su capacidad de continuar revitalizando sus costumbres, sus hábitos, sus modalidades de vida.

Anteriormente decíamos que la arquitectura vernácula, la de estos grupos étnicos, es un valladar y un recuerdo, ambos dirigidos a hacer patente la posibilidad de otras modalidades de vida y, por lo que a espacios arquitectónico-urbanísticos toca, su perfecta adecuación al entorno natural. Habría que estudiar más a detalle esta cualidad, hoy inapreciable, en la casa maya, para confirmar que es un ejemplo a seguir como tantos otros, hoy que grupos numerosos intentan dar forma a una arquitectura autosustentable. Es un valladar con el que la globalización pretende terminar, con la finalidad de que al acabar las tradiciones, el pasado, los recuerdos, los héroes, seamos presa fácil del afán consumista que necesita inculcar. La guerra en contra de los grupos étnicos en Chiapas muestra que estas palabras no son gratuitas. La modernidad no tolera áreas que no estén bajo su férula.

No está por demás decir que nosotros somos nuestro pasado, o como dijo Ortega, que el ser humano no tiene una naturaleza sino que tiene historia. Pues bien, nuestro pasado, nuestra historia está entretejida, entre otros



hilos, por los manufacturados por los indígenas que hacen de México un país multiétnico y multicultural.

Para terminar, quiero reiterar lo asentado por Justo Sierra con motivo de una reunión de los grupos americanistas en México en 1910: "Todo ese mundo . . . cuyos archivos monumentales venías a estudiar aquí, es nuestro, es nuestro pasado, nos lo hemos incorporado como un preámbulo que cimienta y explica nuestra verdadera historia nacional, la que data de la unión de conquistados y conquistadores para fundar un pueblo mestizo que (permítidme esta muestra de patriótico orgullo) está adquiriendo el derecho a ser grande".

Estamos ciertos de que en reuniones como la presente, que cobra un significado mayor por realizarse en un país que, como nuestros indígenas, se ha negado a ser devorado por el capitalismo, encontramos amigos y espíritus afines que nos permiten consolidar el derecho de todos los pueblos, los indígenas por delante, a ser diferentes. Sin esto, la democracia seguirá siendo no una realidad, sino una meta a alcanzar.

*Profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.